

ISSN: 1139-0107

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

16/2013

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Ignacio Olábarri Gortázar

*De la Historia de la Historia de España... y de los historiadores*

*About the History of History of Spain... and about the Historians*

pp. 279-306



Universidad  
de Navarra

---

# De la Historia de la Historia de España... y de los historiadores

*About the History of the History of Spain...  
and about the historians*

---

**IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR**

Universidad de Navarra

Álvarez Junco, José (coord.), *Las historias de España: visiones del pasado y construcción de identidad*, Barcelona – Madrid, Crítica- Marcial Pons, 2013, 914 pp. ISBN: 9788498925227. 38€.

Aurell, Jaume (ed.), *La historia de España en primera persona: autobiografías de historiadores hispanistas*, Barcelona, Base, 2012, 372 pp. ISBN: 9788493916176. 22€

Peiró Martín, Ignacio, *Historiadores en España: historia de la historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, 412 pp. ISBN: 9788415770442. 25€

El interés por la teoría e historia de la historiografía se ha visto incrementado en los últimos años en España y con él las reflexiones en torno a la figura del historiador. Estos trabajos, muchos de ellos centrados en las aportaciones de diferentes escuelas de países como Francia, Alemania, Inglaterra o Estados Unidos, han puesto también su mirada en España, como revelan varios trabajos que recientemente acaban de publicarse.

Los tres libros de este informe son tres importantes obras sobre la historia de la historiografía española: la primera, centrada en la reflexión sobre la construcción identitaria de España a través de la producción histórica, se titula *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, está coordinada por José Álvarez Junco y son

coautores de la misma Gregorio de la Fuente Monge, Carolyn Boyd y Edward Baker; las otras dos ponen su acento en la figura del historiador: la de Jaume Aurell, *La historia de España en primera persona: autobiografías de historiadores hispanistas*, desde el novedoso campo de la autobiografía y la de Ignacio Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*.

#### 1. LAS HISTORIAS DE ESPAÑA. VISIONES DEL PASADO Y CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD

El volumen coordinado por el profesor Álvarez Junco tiene XXVII más 914 páginas y constituye el tomo decimosegundo de la *Historia de España* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares. No pretendo, como es natural, resumirlo, sino más bien presentarlo, referirme a sus principales características.

Después de la «Introducción general» de la Historia de España de la que forma parte, el libro consta de un «Prólogo», firmado por Álvarez Junco, y de la parte principal del texto, obra del propio Álvarez Junco y de Gregorio de la Fuente Monge, titulada «La evolución del relato histórico». Son 437 páginas divididas en 18 capítulos. La segunda parte está escrita por Carolyn Boyd, se titula «Los textos escolares» (5 capítulos, pp. 438-561), y la tercera es obra de Edward Baker y está dedicada a «La cultura conmemorativa» (5 capítulos, pp. 563-653). Completan el volumen varios utilísimos apéndices: una muy completa «Bibliografía general» (pp. 557-681), un muy útil también «Repertorio de fuentes historiográficas directas» (pp. 683-792) y una sección que reúne «Documentos y testimonios» (pp. 793-871) Concluye el libro con un «Índice alfabético» y una tabla de «Procedencia de las ilustraciones».

En su prólogo, el profesor Álvarez Junco, bien conocido por sus múltiples publicaciones, de las que quizá *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (Madrid, Taurus, 2001), es la que más se acerca por su temática al libro que ahora comentamos, fija los objetivos de la obra. «Para explicar su propósito de manera sencilla y directa, este volumen podría titularse “Historia de la historia de España”. De eso se trata, en principio: de recorrer el surgimiento y la evolución a lo largo del tiempo de las visiones sobre el pasado de ese territorio y ese conjunto humano al que hace referencia el vocablo ‘España’. Empecemos por el final: ‘España’ – o sus predecesores, Hispania, Spania, Espanna’ – no es un término cuyo significado haya sido inmutable a lo largo de los tiempos. Muy al

contrario, tanto el territorio como el grupo humano han sido cambiantes, pues se refirió durante milenios a la Península Ibérica en su conjunto, y por tanto incluía a Portugal, y durante algunos siglos englobó también los territorios ultramarinos que integraban la monarquía católica o hispánica» (p. XV).

Pero es que tampoco puede afirmarse, continúa escribiendo el autor, que

nuestro trabajo verse sobre obras de 'historia' —ni de España ni de ninguna otra identidad alternativa—, en el sentido actual de este término, pues ello significaría que se refiere a una actividad académica dirigida al conocimiento del pasado que se apoya en documentos o datos contrastados e interpretados a la luz de conceptos consagrados por las ciencias sociales. No es historia, en este sentido [...], de ninguna manera se pueden llamar historia los relatos, carentes de la más mínima credibilidad, sobre héroes remotos o personajes divinizados, cuyo único objetivo era engrandecer los orígenes del pueblo o la dinastía gobernante. Estos aspectos míticos se mantuvieron en buena parte hasta tiempos recientes y ni siquiera podría decirse que estén totalmente eliminados hoy de libros que pasan por ser de historia, en especial los de inspiración nacionalista. Los siglos XIX y XX, momento de esplendor de los nacionalismos europeos, coincidieron paradójicamente con la profesionalización de la escritura de la historia. Los historiadores eran investigadores escrupulosos, querían homologarse con los científicos de otros campos, se sentían miembros de una comunidad académica internacional y sin embargo eran patriotas y vivían prisioneros, muchas veces inconscientemente, de los esquemas mentales del nacionalismo. Eran, en definitiva, los grandes sacerdotes de la nación, como han puesto de manifiesto Ernest Gellner, Benedict Anderson o Eric Hobsbawm, entre tantos otros científicos sociales que en las últimas décadas del siglo XX han revolucionado los estudios de los nacionalismos. Lo cual hace que, aun sintiéndonos abrumados por su saber en materias específicas, algunas de sus afirmaciones, y sobre todo sus interpretaciones, nos resulten hoy obsoletas, ingenuas y francamente agresivas —algo raro en sabios aparentemente tan pacíficos— (pp. XV-XVI).

Pero (hay un tercer 'pero')

también podríamos discutir si [este libro] es una 'metahistoria' o 'historia de la historia'. Aunque nuestro enfoque y nuestros méto-

dos sean los de los historiadores, no es seguro que nuestro objeto de estudio sean los relatos sobre el pasado en sí mismos — el contenido de lo narrado, las técnicas narrativas —, sino la función que esos relatos cumplen al servicio de la construcción de una identidad colectiva (española o alguna de las que, en el mismo territorio, han sido complementarias o alternativas a ella): Es algo bien conocido y habitual en toda sociedad humana que las narraciones sobre su pasado, más que indagaciones guiadas por un mero interés por el conocimiento de los acontecimientos pretéritos, sean ante todo pilares básicos sobre los que se edifica la identidad colectiva. Pertenecen, por tanto, al terreno de los relatos sagrados, fundacionales: se habla en ellos del nacimiento de la comunidad, de los padres de la patria, de sus héroes y mártires, de los valores perennes sobre los que se fundamenta la identidad colectiva, todo lo cual queda al margen de cualquier crítica historiográfica. No importa, en realidad, averiguar lo que ocurrió sino impartir consignas de solidaridad grupal. Quien intente poner en duda el relato heredado a la luz de nuevas evidencias o nuevas interpretaciones corre, por tanto, un serio riesgo de ser acusado, pura y simplemente, de antipatriota. Nuestra materia, lo que vamos a estudiar en este libro, no es por tanto 'historia', en sentido estricto. Y tampoco cae dentro del género de la historiografía, cuyo detallismo y exactitud son incompatibles con la intención ensayística y divulgadora que caracteriza a esta colección y que comparte este volumen (pp. XVI-XVII).

Concluye Álvarez Junco definiendo el libro como «un ensayo sobre la evolución de las visiones del pasado en relación con este territorio y grupo humano conocidos hoy como 'españoles'» y continúa en su prólogo revisando someramente cuáles han sido esas visiones a lo largo de la historia. Plantea después la cuestión de por qué su libro no debe considerarse, en modo alguno, una investigación historiográfica. «Hacer tal cosa, pretendiendo cubrir un periodo tan amplio como el que aquí abarcamos, hubiera requerido un numeroso equipo de autores y una cantidad de páginas que de ningún modo podría ser inferior a varios miles» (p. XX). No es este un volumen para especialistas. El autor remite aquí a las publicaciones de Benito Sánchez Alonso, al *Índice histórico español* fundado por Vicens Vives, a los trabajos de Pasamar, Peiró, o Moreno Alonso y a las obras colectivas dirigidas por José Andrés-Gallego, Ricardo García Cárcel o Sisinio Pérez Garzón. Explica también que, por las mismas razones, Gregorio de la Fuente y él se han basado en muchos casos en fuen-

tes secundarias, en estudios ya existentes, aunque, en realidad, el repertorio de fuentes primarias en el que también se basan es amplísimo.

Además de esa «Evolución del relato histórico», basada tanto en fuentes primarias como en fuentes secundarias, el relato de Álvarez Junco y de su discípulo Gregorio de la Fuente, que comienza con «El origen de todo» y concluye con «Los últimos grandes paradigmas» en un recorrido riquísimo por las distintas visiones del territorio y del grupo humano 'español' a lo largo de los siglos, este libro ofrece otras dos partes de un gran interés: el estudio de los textos escolares de historia de Carolyn Boyd<sup>1</sup>, quien, por razones obvias, se limita a estudiar el periodo que va de los comienzos del siglo XIX a la España actual; y el de "La cultura conmemorativa", del también norteamericano Edward Baker, historiador de la cultura que ha hecho importantes aportaciones a la historia de Madrid. Después de una introducción, Baker trata precisamente de «Madrid, de *caput regni* a capital nacional: toponimia y cultura conmemorativa», y pasa después a estudiar la conmemoración de los diferentes centenarios de eventos 'nacionales, de los 'días de guardar' (las fiestas nacionales) y concluye con un colofón en el que se refiere al cincuentenario de la muerte de Antonio Machado, a los 'olvidos' que se pueden detectar en la actividad conmemorativa, al hecho evidente de que, como escribieron Álvarez Junco y él mismo en 2000, «el conjunto de monumentos, centenarios, fiestas y conmemoraciones que se presentan como memoria colectiva tiene mucho más que ver con propósitos políticos actuales que con un verdadero interés por conocer o recordar el pasado» (p. 649).

A la hora de hacer frente a este impulso banalizador y de romper una lanza en pro del ejercicio de la memoria histórica, con la finalidad de crear una sociedad civil y consolidar en su interior una cultura ciudadana ampliamente compartida, bueno será no perder de vista que, más allá y más acá del uno y del dos de mayo, el doce de octubre, el seis/ocho de diciembre, las diadas y los egunas, los días restantes del año son laborable (p. 653),

concluye Baker con plausible ironía.

---

<sup>1</sup> Carolyn Boyd escribió *Historia patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, Princeton University Press, 1997, traducida al español en Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000.

El libro que comentamos ha sido ya objeto de al menos dos críticas, las dos muy elogiosas. Rafael Núñez Florencio escribe<sup>2</sup>: «Estamos ante un trabajo monumental, se mire por donde se mire»; «Estamos en definitiva ante una magnífica síntesis, un trabajo modélico en su género». Creo que se ha visto que con razón (y por ello lo he citado tan extensamente) que, en el prólogo, José Álvarez Junco ‘casi se disculpa’ por las limitaciones del libro. Como me ha ocurrido a mí, tampoco Núñez Florencio entra en un estudio detenido del largo «ensayo» de Álvarez Junco y De la Fuente, limitándose prácticamente a recomendarlo en los términos ya señalados. Igualmente laudatoria es la crítica de Miguel Ángel Bastenier<sup>3</sup>, que entra más a fondo en el propósito del libro. Álvarez Junco, escribe Bastenier, «cree que la virtud principal de la obra es no estar concebida como “una historia única”, sino que se ha esforzado en “operar desde una descentralización y nunca de una visión castellano-céntrica”», afirma que «la historia que fabrican los historiadores es tan idiosincrática como la propia historia de España» y recoge la pregunta de Álvarez Junco de por qué los españoles escribimos solo en lengua española y apenas figuran nuestros nombres en el debate internacional (aunque hay excepciones, concretamente en el campo de la historia de la historiografía) y algunas otras interesantes declaraciones tanto del profesor Álvarez Junco («hijo de registrador de la propiedad en la provincia de Zamora», nos informa el crítico), como de uno de los directores de la colección, Josep Fontana. De hecho, la única reserva que Bastenier hace al conjunto de la colección dirigida por Fontana y Villares es que en ella únicamente colabora una mujer, precisamente Carolyn P. Boyd.

He oído –no leído– una única reserva al libro que comentamos: la elección de sus colaboradores. En efecto, puede extrañar que los miembros de lo que en una obra reciente<sup>4</sup> he llamado «escuela historiográfica de Zaragoza», ‘fundada’ por Juan José Carreras Ares y de la que sus mejores representantes a día de hoy en nuestra materia son Gonzalo Pasamar Alzuria e Ignacio Peiró Martín, no colaboren en un libro como éste; pero ya lo dice en su prólogo Álvarez Junco: no estamos propiamente ante una historia de la historiografía española; y ya hemos visto que,

<sup>2</sup> En *El Cultural de El Mundo*, 10 de mayo de 2013.

<sup>3</sup> «Un pasado para el siglo XXI», *Babelia*, 1124, 8 de junio de 2013.

<sup>4</sup> Olábarri, Ignacio, *Las vicisitudes de Clío (siglos XVIII-XXI). Ensayos historiográficos*, Salamanca, Eds. Universidad de Salamanca, 2013.

también en el «Prólogo», Pasamar y Peiró son expresamente citados por Álvarez Junco. Es más: en la página 405 se dice literalmente que «Gonzalo Pasamar [es] el más reconocido especialista en historiografía española de los siglos XIX y XX».

## 2. LA HISTORIA DE ESPAÑA EN PRIMERA PERSONA

Jaume Aurell es el editor de *La historia de España en primera persona. Autobiografías de historiadores hispanistas*<sup>5</sup>. El libro aborda un asunto en que Aurell es, creo poder decirlo, el máximo especialista de nuestro país: la biografía y, más aún, la autobiografía de historiadores. Lo demuestran sus obras sobre los medievalistas del siglo XX<sup>6</sup>, y sus artículos citados en la «Introducción» a la obra que ahora nos interesa, que recoge también muchas referencias a la que Pierre Nora llamó «egohistoria» (Aurell nos dice que sobre su mesa de trabajo tiene 254 autobiografías de historiadores del siglo XX, que constituyen la materia prima del análisis sistemático que está realizando de la autopercepción de los profesionales de la historia del siglo pasado).

Por lo demás, estamos ante una obra de estructura muy sencilla y de contenido muy diverso. Estructura sencilla porque, después de la «Introducción» de Aurell, se recogen en orden alfabético las autobiografías de quince historiadores españoles e hispanistas nacidos entre 1933 (Antonio Morales Moya, Villa Sanjurjo-Melilla, autor de importantes contribuciones a la historia de la historiografía y de la formación de la nación española) y 1953 (Josep María Fullola Pericot, prehistoriador, especializado en el estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas). Su contenido es muy diverso, porque la nacionalidad, la formación, las investigaciones y los modos de entender la historia de los historiadores que participan en el libro varían mucho. Se trata, concretamente, además de Morales y de Fullola, de José Andrés-Gallego (Calatayud, 1944, contemporaneísta con una obra muy vasta y con diversos focos de interés); Xabier Barral i Altet (Barcelona, 1947, especialista en arte medieval aunque interesado también por otros temas); Paul Friedman (Nueva

---

<sup>5</sup> Barcelona, Base, 2012.

<sup>6</sup> Es autor de *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century*, editada en colaboración con Francisco Crosas (Turnhout, Brepols, 2005) y con Julia Pavón (Turnhout, Brepols, 2009), y su libro *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia* (Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 2012).

York, 1949, medievalista también, que ha publicado obras importantes sobre la historia de Cataluña, sobre el campesinado catalán y europeo y sobre la historia de la comida); Agustín González Enciso (Valladolid, 1950, especializado en la historia económica del siglo XVIII); Richard L. Kagan (Newark, N. J., 1943, hispanista, que ha publicado sobre asuntos tan diversos como las víctimas de la Inquisición, los cronistas hispánicos en la España medieval y moderna y las relaciones entre Estados Unidos y España en torno a 1898); Mary Nash (Limerick, 1947, dedicada a y pionera en la historia de las mujeres y de género); el firmante de estas páginas (Bilbao, 1950, interesado por la historia social y la de la historiografía contemporáneas); Teófilo F. Ruiz (Cuba, 1943, centrado en la España bajomedieval y moderna, sobre todo en sus dimensiones social y cultural); José Enrique Ruiz-Domènec (Granada, 1948, que, además de amplios ensayos de síntesis ha trabajado sobre la caballería medieval y sobre la historiografía reciente); Fernando Sánchez Marcos (Ávila, 1943, modernista especialmente interesado por la historia de la historiografía); Cristina Segura Graiño (Madrid, 1942, dedicada a la historia de las mujeres en la época medieval); María Isabel del Val Valdivielso (Valladolid, 1948, que ha estudiado los conflictos causados por el agua en la Edad Media y sobre el trabajo de las mujeres en España); y Teresa Vinyoles Vidal (Barcelona, 1942, medievalista que ha trabajado sobre la historia de las mujeres, de la vida cotidiana, de la infancia, de los marginados y de la didáctica de la historia).

Aurell explica los criterios seguidos en la selección de los historiadores que presentan su «egohistoria»: forman parte de una misma generación, han pensado y en muchos casos escrito sobre los aspectos teóricos de su disciplina, y son representativos de las diversas especialidades, temáticas y metodologías que se han desarrollado en la historiografía española durante los últimos años. Este último punto es quizás el que se podría discutir: por ejemplo, no encontramos en la muestra ningún historiador andaluz (Ruiz Domènec se instaló en Barcelona ya en 1968) o gallego y a un solo historiador vasco, frente a la abundancia de historiadores nacidos o arraigados en Cataluña (seis). Es cierto, reconozcámoslo, que no todos los historiadores están dispuestos a redactar sus propias autobiografías: en algún momento habrá que estudiar por qué se da lo que Aurell llama la «laguna autobiográfica» de los historiadores españoles. Porque se trata de una iniciativa pionera en nuestro país, puede considerársele una obra importante. Alguien (quizás el propio Aurell) debe-

ría continuar con este esfuerzo y dedicar una obra similar (que, por razones obvias, es también urgente) a la generación de los historiadores españoles e hispanistas nacidos en los años veinte (Vicente Palacio Atard<sup>7</sup>, Carlos Seco Serrano, Valentín Vázquez de Prada, Luis Miguel Enciso Recio, Miguel Artola –quien en una reciente entrevista concedida a Antonio Elorza afirmó que no escribiría su autobiografía “porque no tengo memoria”<sup>8</sup>– o José Luis Comellas, entre otros).

Son interesantes estas «miniautobiografías» porque muestran bien los parecidos y las diferencias en la formación, la carrera académica y los temas que abordan historiadores de diferentes latitudes. Por ejemplo, no son tan distintas como podrían pensarse las formas de promoción académica en los Estados Unidos y en España. Es verdad que los norteamericanos no tienen que someterse a la dura prueba de las oposiciones que sufrimos los historiadores españoles de nuestra generación, pero Paul Freedman afirma que su vida en el mundo universitario de su país ha sido bastante pacífica «no obstante las intrigas y pasiones típicas de este mundo» (p. 77). Llama la atención, en cambio, que, por lo que se puede entender de esta muestra, en España sólo las historiadoras se interesan por la historia de las mujeres, a diferencia de lo que ocurre en otros países (piénsese, por contraste, en la obra de Georges Duby en este terreno). Pero, en fin, no puedo dilatar más en el comentario de unos textos muy ricos, que invito a que se lean con calma y también –por qué no– con sentido del humor.

### 3. HISTORIADORES EN ESPAÑA. HISTORIA DE LA HISTORIA Y MEMORIA DE LA PROFESIÓN.

Toca ahora el turno de presentar el último libro de Ignacio Peiró<sup>9</sup>, con el que cierro este ensayo historiográfico. El propio autor explica en el

<sup>7</sup> Vicente Palacio Atard ha muerto en Madrid el 15 de octubre de 2013. A no ser que se conserve algún texto autobiográfico, ya no podremos contar con otro testimonio sobre su propia vida y obra que el recogido por Palacios Bañuelos, Luis, ed., *Vicente Palacio Atard, maestro de historiadores*, Astorga, AKrón&Csed, 2012.

<sup>8</sup> *Babelia*, 1120, 11 de mayo de 2013. Tanto Miguel Artola como José María Jover y Carlos Seco concedieron sendas entrevistas a Antonio Morales Moya: ver *Nueva Historia*, 38, 1995.

<sup>9</sup> I. Peiró es autor de obras como *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD, 1996; *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002; *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 2006 (2ª ed.); *Joaquín Costa: el fabricante de ideas*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2011.

«Prólogo» el carácter de su obra: «el presente libro se ha escrito a lo largo de una década y pretende explicar la historia de la profesión de historiador en España durante el siglo XX: esta razón otorga fuerza de unidad a la suma de los capítulos que componen el texto. Los cinco han sido redactados, desde 2002, sobre el guión que establecí en la introducción al *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)* y en el diseño del catálogo de publicaciones de la editorial Urgoiti. A partir de ahí, el libro toma como pretexto varias temáticas y un elenco de personajes para asomarse al mundo profesional de una comunidad historiográfica cuya promoción arranca a finales del XIX. En su historia centenaria – sigue diciendo Peiró –, la historiografía española ha atravesado diferentes procesos y se ha desarrollado en distintas fases o períodos, entre los que destaca el momento-encrucijada que representó la guerra civil y sus resultados. Y es que, a diferencia de lo ocurrido después de 1945 en las historiografías europeas más cercanas, la reinención de la comunidad nacional en España se extendió en el tiempo de una inmensa posguerra de casi tres décadas y estuvo determinada por las interferencias políticas e ideológicas de una dictadura. Desde 1975, las interposiciones han pervivido y, mezcladas con los efectos de la autocomprensión comparativa y el rendido culto familiar, el pasado de la profesión se ha vuelto memoria (y últimamente, también discurso)» (p. 11).

El libro de Peiró se organiza en cuatro capítulos: «La profesión de historiador en la España del siglo XX»; «Historia y patria. La “educación histórica” de Rafael Altamira»; «Historia y dictadura: las metamorfosis de José María Jover»; y «La memoria reconstruida: contemporaneísmo, ‘liberalismo’ y ‘liberales’ en la España de Franco». La obra concluye con un epílogo («La responsabilidad del historiador en los inicios del siglo XXI»), un anexo («Catedráticos de Historia de las Facultades de Filosofía y Letras de las Universidades españolas, 1840-1984»), la «Bibliografía» (que incluye tanto «fuentes impresas y bibliografía primaria», pp. 303-331, como «bibliografía secundaria», pp. 332-380) y un muy útil «Índice onomástico».

El primer capítulo del libro de Peiró comienza recordando que, aunque el concepto de historia nacional se encuentra ya en el siglo XVIII español, fue a mediados del siglo XIX cuando «el Estado y sus élites se hicieron historiadores agrupándose en una comunidad heterogénea de escritores, eruditos y aficionados [...]; la historia se convirtió en un amplio campo disciplinar y dio el paso de la erudición a la ciencia [...]. Y fue

también durante estos años cuando la historia nació como asignatura, es decir, como complemento de la socialización y la identificación de los ciudadanos del Estado» (pp. 22-23). Ahora bien, solamente a finales de dicho siglo aparece la profesionalización y la aparición de una comunidad de historiadores. Algunos pasos en este sentido son la supresión de la Escuela Superior de Diplomática (1900) y la integración de sus enseñanzas en la Universidad, la reorganización en secciones de las facultades de Letras y la puesta en marcha de nuevos planes de estudio para la enseñanza de la Historia (1902), la fundación de bibliotecas facultativas y la renovación de los archivos nacionales, la aparición de las primeras revistas profesionales y la creación de la Junta de Ampliación de Estudios y, en su seno, del Centro de Estudios Históricos (1910) y de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Estos cambios, resume el autor, «permitieron a los catedráticos novecentistas hacerse con el control del conocimiento histórico, delimitar las fronteras de la llamada 'historia científica' y convertir a la Universidad en el centro paupador de la investigación y de la enseñanza de la historia española» (p. 24).

Ahora bien, es en el periodo 1900-1936 (aunque nos gustaría poder saber en qué proporción se produce este incremento durante la etapa constitucional del reinado de Alfonso XIII, la Dictadura de Primo de Rivera y la II República) cuando se produjo una ampliación progresiva del mercado oficial de puestos de historiador: de 22 a 73 cátedras, 59 nuevos catedráticos, buen número de ellos pensionados antes en el extranjero con el apoyo de la JAE. Se produce también una internacionalización de los estudios historiográficos y trabajan temporalmente en España investigadores extranjeros de la talla de Obermaier, Schäfer, Schulten o Peyra. En lo que el autor considera la etapa principal de la profesionalización en España (1920-1936), centrada en Madrid y en un segundo término en Barcelona, los dos aspectos más importantes son la preocupación metodológica (se traducen al castellano los principales libros de metodología aparecidos en Europa y españoles como Zacarías García Villada y Antonio y Pío Ballasteros escriben los suyos propios) y la profesión se organiza jerárquicamente, dirigida por los catedráticos, y en ella el «apolitismo» pasó a ser la representación profesional del conservadurismo universitario.

Pero llegó la cesura de la 'incivil' guerra de 1936-1939 y, con ella, el exilio, sobre todo en Iberoamérica, de figuras como Américo Castro, Ra-

fael Altamira, Pere Bosch Gimpera, Agustín Millares Carlo o José María Ots Capdequí y los apoyos individuales de grandes historiadores extranjeros para conseguir un modo de vida digno a los exiliados (es el caso de Marc Bloch, Ferdinand Lot y Louis Halphen con don Claudio Sánchez Albornoz); en el otro lado, lo que hubo es un acoso bien planificado por parte del servicio de Prensa y Propaganda de Franco contra los exiliados y/o enemigos.

1939 se convierte así en la primera hora cero de la memoria profesional de los historiadores y en la ruptura de la tradición liberal. El autor describe la desoladora realidad de la Universidad Central en los cuarenta, con Pío Zabala como Rector y otro contemporaneísta, Eloy Bullón, como decano de la Facultad de Filosofía y Letras. «La sensación de haber vuelto al pasado, al siglo XIX y aun antes, se hizo realidad a la mirada y la existencia de los estudiantes [como Carlos Castilla del Pino o Julio Caro Baroja] recién llegados a la capital del nuevo Estado» (p. 338).

Peiró afirma que no se sostiene la imagen de una historiografía española sin rupturas. Y menos aún la idea de una comunidad embebida del espíritu liberal y repleta de liberales de toda laya, a la que apenas afectaron los estragos del conflicto, la realidad política y las carencias de los siguientes años (p. 41). Es verdad, reconoce el autor, que entre los profesionales hubo víctimas de la guerra (quizá la más significativa la del jesuita Zacarías García Villada); pero también que los universitarios fallangistas (Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo, Manuel Ballesteros Gai-brois, Carmelo Viñas Mey o Santiago Montero Díaz) se implicaron públicamente en la defensa de los 'valores' del nuevo régimen. También lo hicieron otros historiadores franquistas, nacionalcatólicos, integristas y tradicionalistas (como Francisco Elías de Tejada) y miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y del Opus Dei<sup>10</sup>. Como

<sup>10</sup> En distintos momentos de su obra alude Peiró a la pertenencia al Opus Dei de una serie de historiadores, entre los que, «en el periodo aquí tratado (años cincuenta a primeros ochenta), la verdadera escuela de historiadores 'del Opus Dei' estaba liderada, por encima de todos, por el americanista Vicente Rodríguez Casado, acompañado en el siguiente escalón por Florentino Pérez Embid (considerado el auténtico gestor o 'cocinero', siempre entre las bambalinas administrativas, de las decisiones académicas y tomas de posición en cuestiones universitarias de la Sociedad Sacerdotal» (p. 258). En sus márgenes andaba por libre Rafael Calvo Serer y junto a los citados, que constituirían la tendencia «renovadora del Opus Dei», habría que adscribir a la tendencia 'ultra' a catedráticos como Federico Suárez Verdeguer, cuya obra contemporaneísta es estudiada en el capítulo IV y cuyo poder académico, afirma con razón Peiró, siempre fue escaso, incluso en la propia Universidad de Navarra: Su único discípulo catedrático fue José Luis Comellas. El autor también se refiere al Opus Dei al hablar de Vicente Cacho (cuyo libro sobre la Institución Libre de

afirma también el autor, «en aquellos años de alegría y exaltación patriótica de los vencedores, la ‘comunidad nacional de los universitarios españoles’ se constituyó sobre las sombras de la represión y el encarcelamiento de los otros, la declaración de ‘restringidas’ de todas las oposiciones y los expedientes depuradores» (p. 49). En esos años únicamente algunos historiadores, como Luis García de Valdeavellano, «aferrados a las ideas científicas que habían profesado siempre durante toda su vida académica, aceptaron pragmáticamente la dictadura [...], hicieron de la virtud moral de la prudencia una categoría de comportamiento intelectual y un principio de responsabilidad profesional. Solo en los años sesenta, cuando algunos de ellos encabezan la apertura internacional de nuestra historiografía y consumen su evolución historiográfica como ruptura con el pasado y anunciación de un camino más crítico y abierto, su distanciamiento del régimen se hará evidente al convertirse para siempre en ‘nuevos liberales’» (p. 51).

A continuación el autor se refiere a lo que denomina la «larga travesía del desierto de la historiografía franquista», a las batallas por el dominio de las oposiciones durante los años cuarenta y cincuenta, cuan-

---

Enseñanza sería fruto directo de un encargo del fundador de la Obra, algo de lo que no sé si hay pruebas) o de la opinión de Luis García de Valdeavellano (p. 50), quien, en fecha no precisada, prevenía a su auxiliar en la cátedra de Historia del Derecho de Madrid, Alberto Oliart, contra sus intenciones de hacer carrera universitaria, entre otros motivos «porque los tribunales de su disciplina los dominaba el Opus Dei». Peiró acierta cuando afirma que «es hora de abandonar el calificativo de ‘escuela de Navarra’ aplicado a la corriente historiográfica liderada por Suárez Verdguer» (p. 257), pero no hace ninguna referencia a la pertenencia a la actual Prelatura de catedráticos de la talla de mi maestro, Valentín Vázquez de Prada, del que en varias ocasiones reconoce su aportación, en tanto que discípulo directo de Fernand Braudel (como Felipe Ruiz Martín o Álvaro Castillo Pintado), a la renovación del modernismo español (A propósito, es chocante que en p. 181n., el autor coloque a Vázquez de Prada entre «el núcleo más duro de la historiografía franquista» por el hecho de formar parte del tribunal que hizo catedrático a Ricardo de la Cierva, sin saber siquiera el sentido de su voto, y que en p. 252, siguiendo a Juan Pablo Fusí lo sitúe entre los miembros de la historiografía liberal española. Recuérdese también que Jesús Longares Alonso, uno de los dos historiadores, junto a Miquel Àngel Marín Gelabert, a los que en el «Prólogo» del libro más agradece su ayuda, es también miembro del Opus Dei).

En el fondo de todas estas alusiones a los historiadores o intelectuales en general pertenecientes al Opus Dei, entonces y ahora, dentro y fuera de nuestras fronteras, hay —me parece— una incompreensión de un elemento básico en el espíritu del Opus Dei como es la absoluta libertad de sus miembros en temas profesionales, económicos, políticos, etc. Por su reciente aparición, remito al lector al *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, coordinado por José Luis Illanes y publicado en 2013 en Burgos por la Editorial Monte Carmelo y el Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer. Algunas de las voces más interesantes para nuestro propósito son: «Apostolado de la opinión pública», «Cultura», «Educación y enseñanza», «Libertad»; «Libertad en las conciencias», «Libertad en las cuestiones temporales», «Medios de comunicación social», «Política», «Secularidad», «Universidad» y «Universidad de Navarra».

do, como dice Alejandro Llano, la legislación «había entregado la Universidad al cuerpo de Catedráticos para que la gobernasen»<sup>11</sup>. Concebidas como una magistratura, las cátedras tenían plena autonomía para marcar todo tipo de criterios, lo cual explica, entre otras cosas, las pasiones que despertaba entre los jóvenes doctores el llegar a una de ellas. Entre 1940 y 1950, 40 nuevos catedráticos accedieron a las cátedras de Historia de las doce facultades de Filosofía y Letras existentes en España, lo que supone una renovación del 68%. Estos nuevos catedráticos (más los ayudantes, los profesores de la Facultad de Derecho y el personal, colaboradores y becarios, del CSIC, que sustituyó en 1939 a la antigua JAE), forman parte de una política cultural regida por un sentimiento de ruptura radical con todo lo anterior. «La victoria del general Franco lo cambió todo. El nuevo orden fascista surgido del alzamiento militar transformó a la historia en una experiencia de los vencedores» (p. 56), afirmación que comparto, aunque me hubiera gustado ver aquí, o en alguna otra parte del libro, cómo define el autor el concepto de «fascismo», muy controvertido en nuestra historiografía y en la de otros países<sup>12</sup>.

A pesar de la cesura que la guerra civil significó también para la historiografía española, muy alejada de la que después de la Segunda Guerra Mundial se estaba haciendo en los principales países occidentales, Peiró afirma que, hasta bien entrado el decenio de los cincuenta, el temario de los historiadores quedó reducido a sectores y áreas consolidadas antes de 1936 (la historia de las instituciones medievales, la arqueología, el americanismo, la historia política y las biografías de grandes personajes); unos historiadores que ponían en su trabajo toda su confianza en el método como factor de 'neutralidad' frente a los peligros del ideologismo.

Entre 1951 y 1960 las cátedras de Historia pasaron de 68 a 90 e ingresaron 32 nuevos catedráticos, lo que supone un índice de renovación del 35, 55%. Se observa en este momento cómo se busca poner en primer plano los criterios científicos y oscurecer así, aunque sin borrarlas, la im-

<sup>11</sup> Llano, Alejandro, *Olor a yerba seca: memorias*, Madrid, Encuentro, 2008.

<sup>12</sup> Personalmente pienso que únicamente los falangistas se acercan mucho al fascismo italiano, pero que existen diferencias muy profundas entre ellos y otros elementos fundamentales en el régimen franquista como los tradicionalistas o los miembros de la ACNP. Por otro lado, aunque lentamente y siempre bajo la dictadura de Franco, su régimen evolucionó con el tiempo y el concepto de régimen «autoritario», acuñado por el profesor de la Universidad de Yale Juan José Linz, yerno del conocido geógrafo Manuel de Terán, me parece adecuado para describir la realidad del franquismo en sus últimos diez años de vida.

portancia de la militancia y de la adhesión al régimen. Un reducido número de miembros de la profesión busca la normalización profesional: aquí encajaría la polémica entre los catedráticos inmovilistas y los ensayistas-historiadores partidarios de la tercera vía (esa «generación de 1948» de la que formaría parte Rafael Calvo Serer) o figuras de la categoría de Jaume Vicens Vives. Algo se movía también en la Real Academia de la Historia, donde Ramón Carande promueve a Luis García de Valdeavellano, Julio Caro Baroja y José María Lacarra, quienes en sus discursos de ingreso no dudaban en mencionar a sus maestros anteriores a la guerra (Hinojosa, Díez-Canseco, Sánchez Albornoz, lo que suponía rehabilitar gradualmente a los maestros historiadores de la España anterior al conflicto); también ingresaron en la Academia, junto a Jesús Pabón, Ángel Ferrari, Pedro Laín Entralgo y José Camón Aznar, José Antonio Maravall, Fernando Chueca Goitia, Miquel Batllori o Ramón d'Abadal. A mediados de los sesenta, con una plantilla de 93 catedráticos, la mayoría de ellos seguía instalada en la seguridad de su posición magistral y solamente dos docenas escasas de historiadores «aparecen ante nuestros ojos como el mejor reflejo de las carencias y de la 'larga travesía el desierto' de la comunidad historiográfica española» (p. 65). Solo a comienzos de la década siguiente, «en un contexto de contratación masiva del profesorado e intensificación de las manifestaciones a favor del cambio político, los más recalcitrantes historiadores franquistas comenzaron a inquietarse por la pérdida del control de sus departamentos, los sentimientos revolucionarios de los estudiantes y la elevación hasta las cátedras de una generación de jóvenes 'rojos', intelectualmente brillantes y políticamente comprometidos, que se habían colado por las rendijas del sistema» (p. 66), un sistema universitario que también cambiaba por obra de la reforma Lora Tamayo de 1965 y de la Ley General de Educación de 1970.

Entramos así en una nueva etapa, en el horizonte de la libertad. Ya no se trata solamente de la existencia de «lobos solitarios» dentro del sistema (como Gaya Nuño o Caro Baroja), sino del comienzo de una batalla de las ideas en la que importa mucho la recepción de las novedades del pensamiento historiográfico europeo de posguerra, por obra de personajes como Jaume Vicens Vives, «árbitro y patriarca de la renovación de la literatura historiográfica» (p. 70) o de los autores del conocido manual de *Historia de España* (1963), escrito en colaboración por Antonio Ubieto, Juan Reglá, José María Jover y Carlos Seco. Entre 1955 y 1969 se

fundan nuevas revistas y se renueva y amplía el mercado editorial con nuevas empresas, se recupera la obra cultural del exilio y se europeízan los lectores españoles con la entrada en España del materialismo histórico y las corrientes de moda en las ciencias sociales (aquí hay que mencionar a figuras como Enrique Tierno Galván, Carlos París o Manuel Sacristán). Comienza una interesante polémica sobre la valoración del marxismo, en la que participan Vicens Vives y su discípulo (y de Ferran Soldevila) Josep Fontana, o Claudio Sánchez Albornoz y los jóvenes Marcelo Vigil y Abilio Barbero. Se reivindica a los ensayistas e historiadores del exilio y a «modelos a seguir por sus ideas pensadas en libertad» (p. 74), como Juan Marichal, Nicolás Sánchez-Albornoz o Manuel Tuñón de Lara. Todo ello en un ambiente que imponía a las nuevas figuras y corrientes muchas limitaciones, como las que suponía la actividad del Servicio de Orientación Bibliográfica organizado por Fraga Iribarne en el seno del Ministerio de Información y Turismo (con Ricardo de la Cierva como figura clave) o la continuidad de la acción represiva del régimen; un régimen que, mejor asentado desde la firma en los años cincuenta de los acuerdos con los Estados Unidos y del Concordato con la Santa Sede, en 1965, después de los acontecimientos estudiantiles de enero-febrero de aquel año en Madrid (que reproducían de forma más profunda los ya ocurridos a mediados de la década anterior y que no dejarían de suscitarse periódicamente hasta la muerte del dictador), expulsaba de sus cátedras a Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren y Agustín García Calvo, suspendía por dos años a Mariano Aguilar Navarro y Santiago Montero Díaz y llevaba a la dimisión de José María Valverde.

Se aliaban en la nueva situación las aspiraciones políticas y profesionales de muchos jóvenes universitarios y, paradójicamente, un sistema universitario «condenado fatalmente a desarrollarse» (p. 77: en 1975 había en España 23 universidades, frente a las 12 de 1936). El autor insiste en que, a pesar de ello, apenas se modificó la composición social e intelectual de unos recién creados departamentos que siguieron controlados por los catedráticos de siempre y, hasta el asesinato de Carrero Blanco, por la costumbre del Consejo de Ministros de reservarse el *placet* en los nombramientos de nuevos catedráticos de Historia Contemporánea y de Filosofía. Sin embargo, el autor afirma también que «las contradicciones del sistema –una especie de *Deus ex machina* en su argumentación– pusieron en evidencia la fragilidad de su posición jerárquica [de los catedráticos]. Y eso porque dieron la posibilidad a una serie de profesores

izquierdistas no solo de ocupar plazas de profesores no numerarios o adjuntos, sino de alcanzar las cátedras de las propias facultades de Filosofía y Letras» (p. 79).

En los años setenta son cada vez más los jóvenes historiadores españoles que amplían estudios en los grandes centros de estudio extranjeros (por ejemplo, Juan José Carreras en Heidelberg, Romero Maura, Fusi, Varela Ortega o Santos Juliá en Oxford, Enric Ucelay-Da Cal en Nueva York) y los simposios celebrados en el Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau, bajo la inspiración de Manuel Tuñón de Lara, atraen a otros muchos. «Después de 1979 —concluye Peiró—, la historiografía española no fue la misma. Y no lo fue porque un grupo de investigadores abrieron caminos reales para su desarrollo, precisamente, por haber establecido la conciencia y el imperativo ético para el historiador de escribir en libertad, de aceptar la pluralidad de las voces en el estudio del pasado y perder el miedo al presente. En sus manos quedó el tiempo, no solo el futuro esperanzado de una disciplina, sino también el tiempo de la memoria. Una memoria que, con su mezcla de rechazos y aceptaciones, se constituyó en parte necesaria de una tradición colectiva: es decir, de la historia de la profesión de historiador en las sucesivas Españas del siglo XX» (pp. 81-82). El autor acaba aludiendo a los efectos de la Ley de Reforma Universitaria impulsada por el ministro socialista José María Maravall en 1983 y a la constitución de diversas asociaciones especializadas de historiadores.

Desde entonces —concluye el capítulo—, las cosas de la profesión y de la ciencia histórica en España avanzaron a velocidad creciente por las sendas de la fragmentación y de la diversidad. Crece aún más el número de universidades públicas y privadas (son 50 y 29, respectivamente, en 2011) y se han terminado de definir los objetivos programáticos de las investigaciones, las lógicas de los comportamientos disciplinares y las mismas actitudes profesionales de los historiadores. Y esto es [...] un reflejo de los sucesivos debates acerca de problemas recurrentes y conceptos esencialmente en conflicto que generan las cambiantes situaciones históricas y orientan el estudio de la historiografía» (pp. 83-84).

El capítulo IV del libro de Peiró comienza recordando la reanudación, a finales de los cincuenta, con motivo de la conmemoración del 150 aniversario de los Sitios de Zaragoza, de los estudios de historia contemporánea en España. El punto de partida del análisis lo sitúa el autor en la

conferencia que dictó José María Jover Zamora en la Universidad de Zaragoza sobre «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación (1808-1814)». Dicha conferencia, y los trabajos que le siguieron, convertían al catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valencia en «uno de los representantes más reconocidos de aquella pequeña minoría de profesores universitarios que, como algo inherente a su personal ‘desvío por la historia contemporánea’, habían iniciado su lenta ‘conversión liberal’» (p. 197).

A continuación Peiró estudia la producción del contemporaneísmo español en las primeras décadas del franquismo, de la que, a mi modo de ver, solo se salvan las obras del historiador monárquico franquista Jesús Pabón (*Las ideas y del sistema napoleónicos*, 1944; *La revolución portuguesa*, 2 vols., 1941-1945; y tres ensayos sobre *Los virajes hacia la guerra* (1946), *Zarismo y bolchevismo* (1948) y *Bolchevismo y literatura* (1949). También son dignas de mención algunas obras de Melchor Fernández Almagro, «maurista de juventud, falangista de acción y monárquico de corazón» (p. 199), tal como le define el autor: en 1928 había publicado ya *Orígenes del régimen constitucional en España* y en 1933 su *Historia del reinado de Alfonso XIII*; en las dos primeras décadas del nuevo régimen participa en obras de carácter propagandístico, escribe una “panfletaria” *Historia de la República española (1931-1936)*, en 1940 y tres libros sobre la crisis del sistema liberal, el más conocido de ellos *Por qué cayó Alfonso XIII*, de 1948. A estas obras solo hay que añadir la decena de tesis doctorales sobre historia contemporánea, las únicas dedicadas al periodo de las 117 tesis defendidas entre 1940 y 1950. Ninguna de ellas merece la pena, salvo la de Miguel Artola sobre los afrancesados, defendida en 1949 y publicada en 1953 con prólogo de Gregorio Marañón. Hay que añadir cómo Cayetano Alcázar y Ciriaco Pérez Bustamante van a promocionar, con el tiempo, el paso hacia el contemporaneísmo de sus discípulos José María Jover y Vicente Palacio Atard, por parte del primero, y Carlos Seco y Miguel Artola, del segundo; también Vicens Vives animó a Juan Mercader Riba a investigar sobre la guerra de la Independencia en Barcelona. También hay que tener en cuenta la labor que se hace, en los márgenes de las facultades de Letras, para estudiar a las principales figuras del neocatolicismo y del liberalismo conservador del siglo XIX: por ejemplo, los esfuerzos por actualizar el pensamiento de Donoso Cortés hechos por Calvo Serer, en los que influyó mucho la admiración de Carl

Schmitt por el contrarrevolucionario español; o los notables libros del falangista Luis Díez del Corral sobre *El liberalismo doctrinario* (1945) y *El rapto de Europa* (1954), que Schmitt, también admirado por Díez del Corral, calificaría como una «enciclopedia de una iconografía europea» (p. 209).

A ello se añade la aparición de dos nuevas revistas que difundirían la historia contemporánea al servicio de la construcción ideológica del Nuevo Estado: la *Revista de Estudios Políticos* y *Arbor*. También hay que señalar la inauguración en Madrid, en 1944, de la primera Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, y la labor de un grupo de profesores de Filosofía del Derecho y Derecho Político, entre los que destaca el catedrático de la Universidad de Granada y miembro de la ACNP Luis Sánchez Agesta, autor, entre otras obras significativas de *El pensamiento político del despotismo ilustrado* (1953) y de la *Historia del constitucionalismo español, 1808-1936* (1955). Este último libro tuvo una gran difusión entre los historiadores «en su condición de manual pionero en el camino de la normalización historiográfica (pero no) sostiene la opinión acerca de las condiciones liberales de su autor» (p. 215), católico y franquista. Otros autores del mismo campo son el discípulo de Sánchez Agesta Francisco Murillo Ferrol, Juan Ferrando Badía y el falangista Diego Sevilla Andrés. El autor cita también a los que Vicens llamó «francotiradores de la apología y la publicística política» (Eduardo Comín Colomer, Maximiano García Venero, José María García Escudero), a integristas y tradicionalistas (Melchor Ferrer, Román Oyarzun, Francisco Elías de Tejada, Rafael Gamba). Cercano al pensamiento tradicionalista estaba también Federico Suárez, titular de la Cátedra de Historia de España Moderna y Contemporánea de la Universidad de Santiago de Compostela (y luego de la de Navarra), quien, como afirma el autor, «se había adelantado a todos sus compañeros catedráticos con la publicación, en 1950 y 1953, de *La crisis política del Antiguo Régimen en España* y *Los sucesos de la Granja*, las obras que le convirtieron en la cabeza historiográfica de la escuela de los autodenominados renovadores» (p. 220). Suárez, que posteriormente se dedicó sobre todo a la publicación de documentos y al estudio de Donoso Cortés, defendía al carlismo como una solución «reformista», una tercera vía entre el liberalismo y el «absoluto absolutismo» de un Fernando VII. Con Suárez se formó José Luis Comellas y cercano a él estaba el hispanista Hans Juretschke. Concluye el autor este epígrafe con una referencia a la sesión científica dedicada en el Patronato

“Marcelino Menéndez Pelayo” del CSIC celebrada el 28 de marzo de 1955 y dedicada al periodo que cierra en España el Antiguo Régimen y comienza con el Nuevo «antes –piensa el autor– de que propiamente existiera el contemporaneísmo como área de investigación disciplinar» (p. 223). En ella participaron Cayetano Alcázar, su discípulo Vicente Palacio Atard, Federico Suárez y Vicens Vives, que expuso una hipótesis de trabajo novedosa: «La participación de la burguesía periférica en el cambio político de 1832-1833, producido a favor de la causa liberal por el doble motivo de su reformismo administrativo y político y de la incapacidad del Gobierno de Fernando VII de dar un orden económico al país» (pp. 224-225).

El siguiente epígrafe del capítulo aborda las primeras polémicas públicas durante el régimen franquista en torno al liberalismo. En 1988 Vicente Cacho Viu sostuvo que el paso hacia el contemporaneísmo dado por Jover en su conferencia de Zaragoza y el camino hacia la historia contemporánea de un pequeño grupo de otros jóvenes modernistas «suponía abrir las compuertas para una subsiguiente interpretación liberal del siglo XIX» (p. 225). El autor le da la razón, aunque recuerda las obras antiliberales de José María García Escudero o el célebre *El liberalismo es pecado* del sacerdote Félix Sardá (publicado por primera vez en 1884, pero que en 1960 alcanzaba su vigésima edición). También escribió en este sentido, si bien con otro tono, Jaume Vicens, en un libro publicado en colaboración con Jorge Pérez-Ballestar, o el falangista, catedrático de Zaragoza, Fernando Solano. «A lo sumo, los catedráticos de Historia de la época, como investigadores dieciochistas que eran, pudieron descubrir e interiorizar el sentido más limitado y laxo de ser liberal: Hombre educado, seguro de sí mismo, libre de prejuicios, generoso y cosmopolita» (según definición de Javier Fernández Sebastián), y así se ven en aquellos momentos autores como Laín Entralgo, Jover Zamora o Juan Reglá.

En la práctica histórica, ya en el horizonte del concilio Vaticano II, Vicente Cacho distinguía tres Españas en la España contemporánea, la monárquica tradicional, el obrerismo marxista en sus diversas ramas y la izquierda burguesa republicana, en la que estarían los hombres de la Institución Libre de Enseñanza estudiada por él. Al mismo tiempo se sucedían los escritos y declaraciones vindicando ciertos dejes liberales aplicados a figuras tan del régimen como Cayetano Alcázar (Carlos Seco fue el que lo intentó) o Ciriaco Pérez Bustamante, Jesús Pabón y –con plena justificación en este caso– Gregorio Marañón, por obra de Miguel

Artola. Artola escribe ahora algunas de sus obras más importantes (*Los orígenes de la España contemporánea*, 1959, y *La España de Fernando VII*, 1968), en clara actitud polémica contra la visión tradicionalista de Suárez Verdeguer. Formalmente correctos en su crítica, Artola y Jover se desmarcan claramente de las tesis tradicionalistas. En 1971 Jover concluía que la tesis fundamental de Federico Suárez «no resiste en absoluto el contraste con una realidad sociopolítica nacional [la de la crisis del Antiguo Régimen en España], realidad acerca de la cual nuestro conocimiento historiográfico se ha enriquecido considerablemente durante los últimos veinte años» (p. 238).

Pasa Peiró a continuación a describir la «conversión liberal» de los historiadores del franquismo en las décadas de 1960 y 1970. Se trata, de nuevo, de los hombres de la llamada «generación de 1948», «generación heroica» o «generación de naufragos» (Vicens), quienes «hicieron un esfuerzo postrero dirigido a superar tanto sus desengaños del presente como las incertidumbres crecientes del inmediato futuro [...]. Una lucha inteligente contra la estupidez o la realización de libros de calidad podían ser considerados armas de efecto político y de oposición» (pp. 238-239). Hay una «conversión democrática» de hombres como José María Jover, que reconstruyeron un canon histórico de la historiografía española políticamente presentable, argumentando acerca de la mejor tradición liberal, mientras en la Real Academia de la Historia se reivindicaba a los viejos maestros anteriores a la guerra como Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro o Salvador de Madariaga. El propio Jover es quien, en sus importantes publicaciones de carácter historiográfico, incluye como «adelantados liberales» a figuras como Carlos Seco o Miguel Artola.

A mediados de 1980, además, el pequeño colectivo de los antiguos historiadores modernos disponía de una lista considerable de ilustres miembros desaparecidos [Vicens, Maravall, García de Valdeavellano, Pabón, al que —ya en época de Adolfo Suárez— Seco reivindicaba como centrista]. Y, en ese sentido, los maestros sobrevivientes resolvieron su situación generacional implicándose directamente en la transmisión elaborada de una determinada memoria profesional. Un panorama de figuras-puente, continuidades admirables, elecciones interesadas y apropiaciones memoriales que distinguiremos enseguida como un componente fundamental de los historiadores liberales del franquismo (p. 244).

A finales de los setenta y comienzos de los ochenta estos historiadores van extendiendo a sus maestros o compañeros de generación fallecidos certificados de liberalismo y democracia. Lo hace, ya lo hemos dicho, Carlos Seco, con Pabón, pero también con Fernández Almagro y con Díez del Corral. Hace fortuna en la España del momento la idea de la «prosecución de la corriente historiográfica liberal», «en tanto condición necesaria de la segunda hora cero de la profesión [la expresión es de Marín Gelabert] y, acto seguido, en cuanto efecto derivado del intento de legitimación del tardío, y muy rápido a la vez, proceso de refundación/normalización disciplinar del contemporaneísmo español» (p. 246). Desde 1975, al margen de los historiadores que persisten en sus posiciones inmovilistas, los historiadores liberales son reconocidos como tales por la «generación de ‘nuevos’ historiadores que habían incorporado el marxismo como ideología de su militancia antifranquista y el materialismo histórico como instrumento teórico para la reinterpretación de la historia de España» (p. 247). Autores como Elías Díaz reivindicarán como liberal la revista *Escorial*, de Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar, y Vicente Cacho (que votó socialista en 1977) hablaba en 1985 de la tradición liberal como «la nuestra, la humanista, cristiana y occidentalizante, de siempre, pero en su justo momento. El del mundo liberal, que arranca de la transformación del Antiguo Régimen» (citado en p. 249). Discípulos de Raymond Carr como el nieto de José Ortega y Gasset, José Varela Ortega y Juan Pablo Fusi, avalaban esta interpretación. En 1999 Fusi, en concreto, afirmaba que la restauración de la «tradición liberal española que integraba liberalismo y catolicismo se había producido en los años cincuenta» (p. 252) y lo hacía siguiendo principalmente a Pedro Laín y Julián Marías y citando expresamente a historiadores como Vicens, Carande, Vázquez de Prada, Díez del Corral, Fernández Álvarez, Seco, Jover y Artola. Historiadores de la literatura como Jordi Gracia se muestran de acuerdo con dicha interpretación y, afirma de nuevo el autor, a lo largo del primer decenio del 2000, la tesis sobre la persistencia del ‘liberalismo’ y los ‘liberales’ durante la dictadura se ha visto impulsada por el resurgir del pensamiento conservador y la creciente ideologización derechista que está afectando a amplios sectores de la profesión» (p. 255).

El autor concluye el capítulo con una coda historiográfica, en la que, entre otras cosas, afirma que lo que acaba de decir puede «provocar la impresión de que la historia de la ciencia histórica española se mantie-

ne como un territorio sin límites para el despliegue de cualquier tipo de opinión, incluidas las de advenedizos ansiosos por cooperar [...]»; pero

la naturaleza cognitiva de los estudios históricos es muy compleja y, dentro de ella, los textos aparecen a los ojos panorámicos de la crítica como uno de los elementos centrales para el conocimiento de los historiadores. A lo largo del tiempo, permanecen para hacer justicia a sus autores o desmentir a sus discípulos agradecidos, a los hagiógrafos desmesurados y a los dispuestos acomodadores de modas [...] y eso, porque a través de los mismos podemos seguir las trayectorias de los historiadores (a veces, en su apariencia inmutable y, en ocasiones, definidas por los rasgos de la conversión intelectual o la metamorfosis profesional). Pero nunca, para hacerles 'vivir de nuevo nueva vida' e inventar pasados profesionales (y aquí pueden entenderse las dificultades a las que se enfrenta la historia de la historiografía ante los intentos de someter a los historiadores a los juicios morales del presente y, en sus casos más extremos, a las valoraciones derivadas de los afectos nacionalistas o las reivindicaciones memoriales de la actualidad).

Vuelve Peiró sobre los distintos y diversos historiadores «del Opus Dei» y termina afirmando que, si en la España posterior a la guerra hubo catedráticos franquistas, estos fueron los catedráticos de historia, incluidos los modernos e innovadores.

Definido por el 'control del discurso histórico' por parte de la dictadura [las décadas de 1950 y 1960 fueron] un tiempo de silencio durante el cual la práctica histórica superó la fase de la primera hora cero iniciando un período de normalización historiográfica sobre el que se erigió la refundación comunitaria y disciplinar de la historia oficial del franquismo. En cualquier caso, en los casi cuarenta años transcurridos desde la desaparición del dictador, los póstumos procesos de santificación de los historiadores modernos se han visto acelerados por el tiempo provisional de los homenajes jubilares o los aniversarios oficiales. Y hoy día, también, por los giros discursivos sobre la nación y el juego de interpretaciones del textualismo historiográfico. A resultas de ello, la memoria reconstruida de la comunidad ha convertido los magisterios universitarios y las prácticas historiográficas del grupo en los de unos verdaderos historiadores liberales. Por otra parte, el proceso inflacionario y la trivialización del término amenazan con provocar un elemento contagioso de sublimación y aplicar el principio de retroactividad ideológica al resto de historiadores de la época (incluidos los arri-

bistas y los *outsiders*), y eso, mientras la historia de la historia se esfuerza en transmitir unas pocas certezas al situarlos en la realidad político-institucional en que se desarrolló la profesión de historiador en la España de Franco (p. 259).

En el «Epílogo» de su obra vuelve Peiró sobre sus análisis de los capítulos I y IV, quizá con afirmaciones más aristadas, y los conecta con un examen sobre la responsabilidad del historiador. El examen de la responsabilidad de los historiadores del pasado le permite hablar de los historiadores profesionales del primer tercio del siglo XX como hombres que,

con mejor espíritu que eficacia, se creían ‘científicos’ por investigar la ‘historia objetiva’ de España y entenderla en su relación con los objetos locales-regionales como la única forma inteligente de hacer frente a las tentaciones irracionalistas nacidas del subconsciente de la memoria, de las elucubraciones mitohistóricas que no escapaban a las herencias más primitivas de los individuos y de las masas» (p. 263).

Esta generación de historiadores, por otra parte, sustenta el compromiso con la política de la historia sobre la imagen del historiador como portador indiscutible de la verdad, se inventa una definición ideológica propia, inspirada en el ideal que el autor denomina –a mi juicio erróneamente– «positivista» del sabio universitario alemán y en la «politique de l’apoliticisme» de los profesores franceses de la época.

Este medio «aparentemente neutral» salta por los aires con la fractura de 1936. Escribe Peiró:

la infinita dictadura del ‘Caudillo’ se situó al margen de la historia al persistir de forma continua e incesante en perpetuar la profunda escisión de la idea de España», y el viejo mito de las dos Españas pasa a un primer plano. «En la práctica, las nuevas doctrinas que se autoproclamaban esencialmente nacionalistas convirtieron la historia nacional en un principio sacrosanto y una cárcel para el futuro de la nación española. Y de la misma manera indecente con que el Nuevo Estado se encargó de congelar el pasado, de hacer olvidar o impedir tomar conciencia de la muerte de las otras partes de la nación, los historiadores franquistas extendieron el acta de defunción sobre la historiografía anterior tachándola de liberal. De paso, desde la tesis de la exclusión de los ‘otros’, el mito de la anti-España y la realidad de una España peregrina arrancó la primera hora cero

de la memoria profesional de la historiografía española (pp. 265-266).

Con esta «represión casi total de la profesión» (*loc. cit*) se pasa del tiempo de las escuelas históricas al período de la dictadura de los catrónicos, cuyo poder, fruto de la alianza de la renovada profesión con la ideología y la política del régimen, explica su hegemonía en las décadas de los cincuenta y los sesenta e incluso «la posibilidad que ha tenido de seguir proyectando su larga sombra en no pocos procesos de reproducción interna— hasta los años ochenta— y en fenómenos historiográficos de nuestros días» (p. 267). Si ya antes de 1936 la historiografía española no había conseguido asimilar las corrientes europeas y elaborar un entramado teórico que posibilitase estudiar todas las facetas del pasado nacional, «descubrir que quienes produjeron la historia oficial durante tantas décadas [después de 1936], que quienes dominaron la Universidad y construyeron una profesión a su medida estuvieron involucrados en la guerra y en la dictadura franquista es, todavía hoy, una de las preguntas sin resolver de la historiografía española» (p. 268).

Pasa después el autor a analizar el concepto de responsabilidad en la historiografía europea reciente y, a partir de ella, vuelve sobre los rasgos principales de la profesión histórica española durante el franquismo y la transición. Peiró se enfrenta con el supuesto espíritu 'liberal' de nuestra profesión y, con Miquel Àngel Marín Gelabert, considera que la nueva «censura de campo» a través del control de todo tipo de recursos, desde 1990 en adelante, ha generado «un subgénero pseudohistoriográfico y facilitado el desarrollo de una tendencia singular de nuestras actuales historiografías 'oficiales' capaz de provocar todo un conjunto de solidaridades afectivas y la abierta repulsa a las pocas obras que se hacen preguntas sobre las responsabilidades individuales de los autores que adquirieron prominencia en el franquismo» (p. 270).

Peiró critica también la irresponsable difusión del virus del relativismo intelectual en nuestra profesión y señala dos nuevos fenómenos intelectuales que están distorsionando el desarrollo de la historia y de la profesión hoy en España: la aparición después del año 2000 de un reducido número de historiadores que practican el peor revisionismo histórico (el autor no ofrece nombres, pero están en la mente de muchos) y la patrimonialización política del pasado, localista y que compartimenta la profesión, como consecuencia de los diversos procesos de nacionalización de las historiografías del Estado, iniciada en los setenta. El autor

denuncia también la reutilización reciente de una retórica antimarxista y la visión de España como nación de naciones, que «ha permitido volver a resucitar la idea de cultura nacional en su versión más unívoca e inmutable». Peiró se ve tentado a interpretar este conjunto de recientes revisionismos «como un reflejo de las líneas de continuidad mantenidas por la fracción más conservadora de la profesión con su pasado más reciente», como un conjunto de «inercias heredadas del modelo profesional franquista» (p. 273) que explicarían, entre otras cosas las distintas «políticas de la memoria» identitarias inventadas por los partidos en el poder. Le preocupan al autor las tensiones que en el seno de la profesión está provocando la cuestión nacional y por ello se extiende en el examen de la situación en este punto.

Concluye Peiró su «Epílogo» y el conjunto del libro con una mirada a la reciente preocupación historiográfica internacional sobre la responsabilidad y sobre la ética del historiador –lo hemos visto más arriba– y con

una advertencia sobre el tema de la responsabilidad profesional que no me parece en absoluto una ambición obvia. Antes bien, la considero una tarea fundamental. Se trata, así, de ampliar el foco de nuestra atención, de llevarlo al plano superior del pensamiento histórico contemporáneo, e insertar la cuestión en el debate general de las ciencias sociales centrado en las ‘consecuencias de las acciones’ a largo plazo y bastante menos en el tema de los principios y de las convicciones. También, sirve para apuntar la conexión entre los problemas de la teoría y de la práctica de la responsabilidad (estructuralmente intersubjetiva por las interpelaciones ante quién o en nombre de qué, que siempre le acompañan, exigen respuesta y determinan las acciones). Y, en definitiva, porque me autoriza a concluir con una afirmación general acerca de los valores de la interpretación metódica y rigurosa de este objeto de investigación que es la historia de la historiografía (p. 288).

A fin de cuentas –termina Peiró su «Epílogo», a mi modo de ver acertadamente–, la responsabilidad como producto de las convicciones generadas por la espiral histórica de la profesión otorga a los historiadores profesionales una peculiaridad única e irrepetible, que hace muy necesario su conocimiento. No como una herencia muerta que nos pertenece sin mérito, impuesta por el espesor de la tradición, sino como algo que nos atañe de manera directa por tratarse de una exigencia que el trasfondo problemático y diferente de

las sociedades contemporáneas ha traído hasta nosotros. En este sentido, el 'retorno de la responsabilidad' constituye un territorio para la redefinición y la discusión teórica acerca del trabajo del historiador. Un espacio para el debate que nos permite entender los elementos éticos de una actividad intelectual y al mismo tiempo social que, navegando entre Escila y Caribdis, entre las tentaciones del presente y las esclerosis múltiples de las doctrinas, debemos pensar cada día como un estímulo de esperanza para el estudio del pasado y, siempre, como un deber de responsabilidad para con el futuro de la profesión» (*loc. cit.*).

Concluyamos ya esta quizá demasiado larga reseña del último libro de Peiró —que me parece justificable dado su gran valor intelectual— con tres consideraciones. La primera nos remite al «Prólogo» de la obra y es su concepción de la historia de la historiografía nacida de

la convicción de que la investigación profesional de la historia debe seguir los criterios de científicidad prefijados por la teoría de la ciencia y la práctica de las especialidades; es decir, a partir de un campo preciso, avanzar en todas las dimensiones posibles, trabajando decididamente de acuerdo con un plan de investigación, integrado en los parámetros de una matriz disciplinar y según los ritmos temporales marcados por la producción científica de sus resultados. En mi opinión —termina diciendo sobre este punto nuestro autor— la vida activa de un historiador es demasiado corta como para seguir las modas intelectuales, para opinar de casi todo o variar de interpretaciones tantas veces como los cambios políticos del presente se lo demanden (p. 17).

Hay otro punto de interés que también toca el autor en su «Prólogo»: el entendimiento de las abrumadoramente eruditas notas a pie de página del libro como «un segundo tiempo de escritura pensado para proporcionar nitidez topográfica a las afirmaciones sobre el pasado de la profesión por derivar de fuentes identificables con los estudios históricos y otras producciones de los historiadores (intelectuales o académicas)» (p. 16). Esas notas se organizan al final en los apartados dedicados a las fuentes impresas y bibliografía primaria y secundaria empleadas.

Por último, me hubiera gustado encontrar en el libro aunque fuera unas pocas gotas de «ego-historia». Peiró cita el conocido *dictum* de Edward Hallett Carr: «Estudien al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos». Nos hubiera venido bien conocer el punto de vista intelectual —y quizá también público— del historiador Ignacio Peiró para en-

tender esta magnífica obra suya sobre los historiadores en España durante el siglo XX.

\*\*\*\*\*

Creo que el ensayo historiográfico que ahora concluyo permite afirmar que la historia de la historiografía en España ha avanzado mucho en la última década. Apenas disponíamos de autobiografías de historiadores españoles y el libro editado por Jaume Aurell es un paso importante en la buena dirección. El libro coordinado por José Álvarez Junco, aunque no es propiamente una historia de la historiografía española, como hemos visto, da muchas luces sobre el devenir del concepto y la identidad de España y sobre cómo los han entendido, enseñado y conmemorado los historiadores a lo largo de los siglos. En cuanto a la obra de Peiró, creo que se puede decir con seguridad que, sin pretender ser un manual, es la mejor historia de la historiografía española del siglo XX de que disponemos hoy. Si a ello se añade que, como se advierte a través de otras reseñas publicadas en este mismo volumen, algunos historiadores españoles como Fernando Sánchez Marcos o Jaume Aurell han hecho en este mismo año 2013 importantes contribuciones al mejor conocimiento de la historia de la historiografía universal, pienso que se puede concluir que el 'histórico' retraso de nuestras contribuciones a este territorio de la historia hoy tan en boga se está remediando.